

Natividad.— ¿Atacar a quien?

Xirga.— A tus enemigos. Ataque frontal si son hombres; ataque solapado si son mujeres. ¿Quiénes son tus enemigos?

Natividad.— Varios hombres y ninguna mujer.

Xirga.— Eso está más fácil. Imagina que soy el agente del Ministerio Público y que tú llegas a poner tu queja. ¿Qué le dirías? (*La muchacha desconcertada no se anima a iniciar el juego.*) La vida es como en el teatro, hay que ensayar.

La Vieja saca del gran envoltorio que carga una gorra de policía. Se los pone y se transforma en un Agente del Ministerio Público. Actúa como si estuviera en estado de ebriedad, casi a punto de perder tanto el sentido de la ley como el de la verticalidad. Una luz cenital singulariza a las dos mujeres.

Agente.— Entonces, ¿le robaron el instrumento? (*Se sale del papel para invitar de nuevo con un ademán para que la muchacha improvise el diálogo. Del envoltorio saca un sombrero y se lo entrega a Natividad.*) Entonces, ¿le robaron el instrumento?

Natividad.— (*La muchacha se recoge el pelo y se pone el sombrero.*) No, aquí lo tengo.

Agente.— ¿Le robaron o no le robaron? (*La Xirga gesticula invitando una vez más a Natividad para que entre al juego de imaginación.*)

Natividad.— No me robaron.

Agente.— ¿Antes o después?

Natividad.— ¿Antes o después de qué?

Agente.— Del robo.

Natividad.— (*Poco a poco va entrando al juego.*) ¿Del robo de qué?

Agente.— ¿Cómo que de qué? Del instrumento.

Natividad.— ¿Cuál instrumento?

Agente.— El que le robaron.

Natividad.— ¿Esta trompeta?

Agente.— La fiscalía no acepta pruebas antes del juicio.

Natividad.— (*Entra de lleno al juego.*) ¡Yo vengo de Chicago!

Agente.— ¡Eso no es atenuante! Si viera lo que nos llega a esta comisaría. ¿Usted está ocultando al ofensor?

Natividad.— ¡El ofensor fue...!

Agente.— ¡Primero diga el delito!

Natividad.— (*Duda en hablar.*) Me han traicionado.

Agente.— ¿Quién?

Natividad.— Varios hombres.

Agente.— ¿Más de uno?

Natividad.— ¡Todos! Mis amigos... mi padre...

Agente.— Identifíquese.

Natividad.— ¡Yo soy yo y vengo a delatar el delito de abandono y de traición! (*La Xirga aplaude las palabras.*) ¡Mi padre me abandonó, mi pareja me traicionó y mis amigos me vejaron!

Agente.— Así como lo oigo, parece soñado para un siquiatra. ¡A usted, señor, sí que se lo chingaron!

Natividad.— ¡Abra los ojos! ¡Soy mujer!

Agente.— ¿Una mujer? Pensé que era de la secreta, de los que ocultan sus movimientos. (*Simulando que comprende todo.*) ¡Así que es mujer...!

Natividad.— (*Disfruta del juego de papeles y masculiniza la voz.*) Y a mucha honra, y además ¡mariachero!

Agente.— ¿Mariachero completo o medio mariachero?

Natividad.— ¡Completo!

Agente.— ¿De esos que miran de frente, que cobran barato y nunca orinan en la calle?

Natividad.— ¡De éstos!

Agente.— Pues será el único.

Natividad.— A sus órdenes.

Agente.— Pase a definirse. ¿A qué se dedica? ¿a la mariachez o a la prostitución?

Natividad.— No le digo que soy mariachero.

Agente.— ¿Con los huevitos en la mano?

Natividad.— No más tíentelos.

Agente.— Así comenzó Sansón y después lo raparon.

Natividad.— ¡Pues soy mujer y supero a cualquier hombre!

Natividad se suelta el pelo y se convierte en mujer.

Agente.— ¿Así de fácil?

Natividad.— ¡No creo que ser mujer sea algo fácil!

Agente.— (*Bromista.*) Pues cuando se vaya a casar, tráigame al novio para darle el pésame. (*Ambas ríen.*)

Natividad.— Soy la primera mujer mariachero. ¿A poco no hay mujeres policía?

Agente.— (*Jocoso.*) Sí y acabaron con la profesión, como los travestís acabaron con la prostitución. Las mujeres se han adueñado de todas la profesiones. Ahora lo único que nos queda es ser aviadores.

Natividad.— (*Acalorada porque ha tomado su papel demasiado en serio.*) ¡Y esto es sólo el principio!

La vieja suelta una carcajada, que es seguida por la risa de Natividad. Mientras la vieja dice el parlamento siguiente, va quitándose el disfraz hasta volver a su anterior papel.

Xirga.— Sabes defenderte perfectamente, no necesitan de nadie. ¡Nunca debes permitir que un hombre abuse de ti, como tampoco nunca abuses de nadie!... Las mujeres tenemos que aprender a perdonar, no porque ellos lo merezcan, sino porque no podemos vivir rumiando rencores toda la vida.

Natividad.— El único hombre que fue bueno conmigo fue el viejo mariachero y ahora lo he perdido... ¡Le traía a devolver esta trompeta que me prestó!

Xirga.— ¿Cómo dices que se llama el viejo?

Natividad.— Nunca me dijo su nombre. ¿No tiene idea dónde puede estar?

Xirga.— ¿Dónde va a estar? Los fantasmas están como Dios, en todos lados y en ninguno.

Natividad.— Pero él es un hombre.

Xirga.— No, niña, te equivocas, es un espíritu que no puede descansar.

Natividad.— (*Vehemente.*) ¡Él es un hombre de edad avanzada, pero está vivo!

Xirga.— Lo ves, es un fantasma. Yo lo oía platicar contigo, pero nunca lo pude ver... porque es un fantasma. Los fantasmas no pueden decir su nombre, porque perdieron la vida y el patronímico. Sólo aquellos que los conocimos en vida, podemos identificarlos por la facha.

Natividad.— (*Desconcertada.*) ¿Un fantasma?

Xirga.— Lo que tengo de vieja, lo tengo de despabilada. Todos me dicen La Xirga. (*Enuncia la x como el sonido antiguo de México.*) ¿Sabes qué quiere decir Xirga?

Natividad.— No, señora.

Xirga.— ¡Bruja! Así nos llamaban antes, cuando no hablábamos ladino como hoy.

Natividad.— ¡Ayúdeme a encontrarlo!

Xirga.— ¿Era ese hombre un mariachero?

Natividad.— Claro, quien otro tiene una trompeta.

Xirga.— ¡Dámela! (*La toma y la frota con su rebozo.*) Las cosas guardan el espíritu de su dueño... (*Cierra los ojos y se concentra como si pudiera escuchar la voz interior del instrumento. Continúa con un gran gesto de sorpresa*) ¡Ve algo brumoso! ¡Una silueta! (*Abre los ojos.*) ¡Yo lo conocí!

Natividad.— ¡No me mienta!

Natividad.— Si usted dice que lo conocía, debe saber su nombre.

Xirga.— ¡Claro que lo recuerdo! En vida se llamó Rodrigo.

Natividad.— (*Estupefacta.*) Rodrigo, ¿que?

Xirga.— Rodrigo Cedeño, ése era su apelativo.

Natividad.— ¡Ése era el nombre de mi padre!

Xirga.— (*Pensativa.*) El que recuerdo no pudo ser tu padre, porque ese viejo debió tener tantos años como yo. ¡Pero sí pudo ser tu abuelo!

Natividad.— ¿Mi abuelo?

Xirga.— Ya todo se me aclara en la memoria. ¡Claro que sí conocí a tu abuelo, como también conocí al hijo de ese hombre, es decir, a tu padre!

Natividad.— ¿A mi padre? ¡Usted me está jugando una mala pasada!

Xirga.— A los viejos nos queda tan poquito de vida que debemos aprovechar el tiempo para decir la verdad. ¡Te digo que los conocí! Junta las piezas de tu cántaro roto. La mitad las tengo yo y la otra mitad, tú... (*Como leyendo en su memoria.*) Tu padre era mariachero del pueblo de Cocula. Era gallardo y sabía darle elegancia al sombrero, pero por el cuerpo esmirriado y la mirada lánguida, le decían El Triste. Era un hombre como todos, lleno de falsedad y de misterio. Amó a muchas y nunca acumuló una moneda. Creo que todo mariachero tiene rota la bolsa del pantalón, porque todo lo que gana, lo pierde. Recuerdo que cuando caminaba, sus piernas parecían las de un caballo percherón, de esos que saben bailar. Su sonrisa era luminosa como si el mismo sol te sonriera. Sabía ser hombre entre los machos y macho entre las hembras... Dejó preñada a la Abigail.

Natividad.— ¡Ella era mi madre!

Xirga.— ¿La misma Abigail que se fue al otro lado con una niñita?

Natividad.— (*Llorando.*) ¡Esa niña soy yo!

Xirga.— Así que Abigail fue tu madre... fuimos muy amigas de jóvenes. ¡Pobrecita, dio todo por su hombre y todo lo perdió!

Natividad.— No todo, porque me tuvo a mí.

Xirga.— (*Recordando con nostalgia.*) Desde la ida de ustedes, tu padre ya nunca volvió a ser el mismo... Se apagó la luz de sus pupilas... Parecía como si su vida no pudiera continuar... Dejó de tocar con su mariachi y se dedicó a beber los últimos sorbos de vida que le quedaban... Merodeaba buscando su muerte. Varias veces se metió entre una mano y un cuchillo, tuvo la suerte que no lo mataran tan pronto. Porque no había hombre tan macho que pudiera matarlo, lo tuvieron que matar varios. Murió en defensa propia con un puñal en la mano, pero lo montearon. Re-

hartas manos lo apuñalearon. Todo por una apuesta de dados... Murió con la sonrisa en los labios, perdió la vida pero ganó en los dados.

Natividad.— (*Muy conmovida.*) Entonces, ¿no fue feliz?

Xirga.— Ni un tantito.

Natividad.— Yo tampoco.

Xirga.— Tú tienes su sangre, por eso quieres ser mariachero.

Natividad.— ¿Dónde lo mataron?

Xirga.— Aquí mismo. (*Señala a un punto del Público.*) Yo no vi su cadáver, pero sí miré la mancha de su sangre.

Natividad.— (*Sintiéndose reconfortada.*) Ahora puedo volver en paz... ¡pero no tengo dinero para pagar el pasaje!

Xirga.— ¡Pobre a tus años! ¡Y querer ser mariachero con esa cara! Qué despilfarro. Niña, a tus años, o te vas de prostituta y te pagan bien, o te casas y te pagan mal. ¿Has oído hablar de Rosa Murillo? Ve a su negocio por la calle Gigantes. Pregunta por ella y dile que te manda La Xirga. Te dará trabajo, no solamente por mí, sino porque eres muy bonita. Además, has vivido demasiados años entre mujeres buenas y no dudo que mucho les habrás aprendido, pero ahora es tiempo que comprendas el mundo de las mujeres malas, algo te enseñarán. ¡Crémelo, en la guerra de los sexos, las malas no pecan de ignorancia! Además allí entenderás mejor a los hombres porque el bajo mundo es descarnado y cínico. (*Cambia a tono cotidiano.*) ¿Eres buena para el baile? (*La vieja bailotea con gracia.*)

Natividad.— En la High School tomé clases de baile.

Xirga.— ¿Dónde queda ese congal?

Natividad.— (*Mintiendo divertida.*) En Chicago.

Xirga.— Yo de allá no conozco. Te aconsejo que sólo bailes con los clientes, no vayas a atenderlos de todo a todo. Verás que es la forma de que pronto te hagas de plata y puedas regresar a Chicago... (*La besa maternalmente en la frente.*) ¡Nunca vayas a olvidar que fui yo quien te salvó! ¡Buena suerte!

Natividad observa como la silueta de La Xirga es tragada por la oscuridad. Oscuro paulatino mientras la muchacha sigue mirando por donde desapareció la vieja.

ESCENA V

Por unos instantes la escena permanece en oscuro mientras se escuchan unos compases de una música nocturna. Acaso la pieza de "Luces de Nueva York". La luz ilumina un burdel. Varias mesas vacías. Un hombre joven sentado de espaldas al Público bebe en una mesa, no tiene compañía. Es Leandro, es visible su avanzado estado de ebriedad. Se sirve una copa más de una botella casi vacía.

Leandro.— ¿Qué, no hay mariachi en este lugar? (*Golpea la mesa con la mano abierta.*) Sin mariachi y sin borrachos, Bueno, sí, uno, ¡yo! (*Ríe y se limpia la boca con vulgaridad.*) ¡Aquí estoy en la cantina ahogando las penas como lo merititos machos! ¡A lo Pedro Infante!

Entra una ave de la noche, lleva un traje de fiesta. Es Natividad. Se acerca a la mesa de Leandro y éste la reconoce.

Natividad.— ¿Qué haces aquí? Aquí nada más vienen los muy hombres.

Leandro.— María.

Natividad.— Nunca me llamé María.

Leandro.— ¿No? Te llamas como algo de navidad.

Natividad.— Aquí me llamo Yazmín.

Leandro.— Tú serás siempre Christmas. (*Risotada de ebriedad.*)

Natividad.— Natividad, pendejo.

Leandro.— Te fijas qué memoria... (*Hasta ahora recuerda la mala jugada.*) Perdona lo de aquella vez.

Natividad.— No tengo nada que perdonarte, más bien agradecerte. Me diste una lección. Es la segunda vez que me planta un hombre. Si te hubieras enamorado de mí, ahora sería tu mujercita muerta de hambre, amamantando un niño. Pero mírame ahora y mírame bien. Soy puta de lujo, de cinco estrellas. Los ricos me buscan y desayunamos en la cama después de hacer el amor. Ellos nunca me han dejado sin almuerzo y siempre pagan el hotel. Recuerda: Ser rico es vivir el doble...

Leandro.— Sé que me manché.

Natividad.— ¡Me abandonaste en el hotel sin ni siquiera pagarlo!

Leandro.— De verdad fui ruin.

Natividad.— ¿Lo hiciste sólo para saber qué se siente abandonar a una mujer?

Leandro.— A mi gustabas, de verdad... aún me gustas.

Natividad.— (*Pensativa.*) Extraña manera de gustar de una mujer. Sin embargo, me enseñaste lo poco que siente un hombre cuando abandona a una mujer.

Leandro.— (*Sincero.*) ¿Me perdonas?

Natividad.— Te perdono... si volvemos a ser amigos.

Leandro.— Trae una copa y te convidó un tequila.

Natividad.— A mí me gusta beber como los ricos beben.

Leandro.— (*Compungido.*) Me corrieron del mariachi por lo del hotel y no me indemnizaron.

Natividad.— ¿No te indemnizaron como a mí?

Leandro.— ¡No, que va! Solamente Román y Diego me regalaron el salario de su semana. (*Llora con lagrimas de ebrio.*) ¡Qué buenos amigos tenía! Ahora lo que me queda ya es lo último.

Natividad.— Este es mi establecimiento y aquí mis amigos no pagan. (*Se le acurruca.*) Para que veas que te perdono, voy a pedir champaña (*Ordena en voz fuerte.*) ¡Una botella de champaña! (*Continúa en arrumacos con Leandro.*) Vamos a beber como los ricos. En la mañana desayunan *mimosa*, ¿no sabes qué es? (*Él niega.*) Así llaman los ricos al jugo de naranja con champaña. Al mediodía beben champaña para abrir el apetito, y al final de la cena, una última copa para bajar el estrés del día.

Entra un mesero con un servicio de champaña. Abre la botella y sirve dos copas. El caballero mira atónito.

Leandro.— Para qué tanto.

Natividad.— Vamos a brindar de pie como los ricos (*Ella se levanta con gran elegancia, mientras Leandro pierde la verticalidad debido a su estado de ebriedad, se va de frente y casi cae.*) ¡Brindemos por el amor! ¡Sobretodo por el primero! (*Lo mira.*) ¡Di un brindis!

Leandro.— (*Eructa ebrio.*) Yo no sé brindar.

Natividad.— Di algo que nunca pueda olvidar.

Leandro.— ¡Me da alegría haberte encontrado de nuevo!

Natividad.— Eso no es un brindis. Di algo para que me hierva la sangre.

Leandro.— ¡Por una segunda oportunidad!

Natividad.— ¡La tendrás! (*Cuando Leandro va a beber, ella toma la botella y vacía su contenido sobre la cabeza del varón. El hombre no reacciona ante la ducha.*) ¡Por una segunda oportunidad! (*Grita al mesero.*) ¡La cuenta de la mesa tres!

Leandro.— ¿Así lo hacen los ricos?

Natividad.— Cuando están felices se bañan en champaña. ¿No has visto en las carreras de autos? ¡Tú y yo estamos felices por el reencuentro!...

Llega el mesero con la cuenta y la presenta al improvisado caballero. Leandro mira atónito la cantidad e inútilmente busca dinero en los bolsillos.)

Leandro.— No tengo tanto dinero.

Natividad.— ¡El cliente no tiene dinero! ¡Llama al policía para que se lo lleven! (*El mozo sale de escena.*)

Leandro.— No te entiendo... ¿Hablas del reencuentro?

Natividad.— La última vez me dejaste con la cuenta del hotel y sin desayunar. ¡Ahora te a ti toca lavar platos! ¡Esta noche dormirás la borrachera en la cárcel!

Entra un policía acostumbrado a la rutina de llevar clientes a la comisaría.

Leandro.— ¿Por qué yo? Si ella fue la que pidió la botella.

Natividad.— (*Mira primero a Leandro y luego sonrío al policía.*) O paga usted la cuenta o el señor policía se lo lleva.

Leandro.— (*Leandro saca unos billetes y los muestra.*) No tengo más.

Natividad.— (*Miente con expresión de dulce ingenuidad.*) ¿Y el matrimonio que me prometiste?... ¿Y la hija que engendramos?... ¿qué?...

(El policía toma los billetes de la mano del Leandro y se los entrega a Natividad, quien hace la señal de la cruz con ellos en agradecimiento de que son el primer dinero que recibe ese día.)

Natividad.— Aún falta la mitad.

Natividad le da una propina al policía y se guarda en el pecho el resto. El policía sale de escena llevando a Leandro de la camisa, sin que éste ofrezca resistencia.

Natividad.— ¡Esperen! (*El policía y el hombre se detienen. Natividad pregunta con dolorosa seriedad.*) ¿Por qué lo hiciste?

Leandro.— (*Habla con sinceridad y desesperación.*) ¡No lo sé! ¡Todo lo que toco, lo agravio!

Natividad se sorprende. Hay un instante de silencio y salen los dos hombres. La mujer se sienta en una de las mesas. Se le mira derrotada.

Natividad.— Dios no creó al hombre mexicano haciendo un monito de barro, ni de maíz... eso es mentira... ¡el monito era de mierda! (*Se palpa el dinero en el seno.*) Con este dinero completo para pagar mi viaje de regreso a Chicago! (*Sirve la última copa de champaña y propone cínicamente un brindis.*) ¡Brindo por la felicidad de las mujeres! ¡Para que aprendamos a ser felices sin los hombres... o al menos felices a pesar de ellos! (*Bebe con desesperanza hasta consumir la copa completa.*)

Oscuro paulatino y silencio.

ESCENA VI

Natividad va al lugar de encuentro con el viejo mariachero. Quiere despedirse porque va a partir. Llega hasta el centro de la escena y deja allí la trompeta que llevaba en la mano.

Natividad.— ¡Amigo! ¡Viejo amigo! ¡Vengo a despedirme! Ya me voy. Aquí está tu vieja trompeta, la que guarda tus alientos tus suspiros.

Desde el punto contrario de la escena, La Xirga aparece.

Xirga.— ¡Aquí otra vez! ¿Que no encontraste a mi amiga Rosa Murillo?

Natividad.— Sí la vi y me dio trabajo.

Xirga.— ¿Ya juntaste para tu pasaje?

Natividad.— Tanto que me voy a ir en avión.

Xirga.— Así es que te vas.

Natividad.— Sí.

Xirga.— ¿Y te vas contenta?

Natividad.— Sólo me resta despedirme de mis dos únicos amigos. De ti y del viejo mariachero. ¡Quisiera poder verlo por última vez!

Xirga.— ¡Convócalo! Los espíritus obedecen.

Natividad.— ¿Cómo?

Xirga.— Cierra los ojos, concéntrate y llámalo. Dile: “Viejo Rodrigo, ven”.

Natividad.— (*Obedece.*) ¡Abuelo Rodrigo, ven! ¡Yo te llamo! Regresa aunque sea por última vez... ¡Quiero perdonarte! (*Se le humedecen las palabras.*) ¡Perdonarte a ti y a mi padre, en nombre de mi madre y en mi nombre!

Xirga.— (*Misteriosa.*) ¡Aquí está!

Natividad.— (*Abre los ojos.*) No puedo verlo.

Xirga.— Tampoco yo lo veo, pero siento sus pasos.

Natividad.— ¡Abuelo, déjame verte, o de menos oírte! (*Hay un silencio.*)

Xirga.— Déjame a mí preguntar. ¡Don Rodrigo, me escucha, aquí estoy con su nieta, Natividad! ¡Ella quiere aprender a quererlo! ¡Diga algo! Muéstrese con toda la potencia que Dios le permite.

La trompeta que estaba en el piso, es movida por una mano invisible.

Xirga.— (*Habla como la bruja que es.*) ¡Está entre nosotras! Cerca de la trompeta.

Natividad.— ¡Abuelo! (*El instrumento se mueve a la distancia.*) No puedo oírte ni verte, pero sé que estás aquí. Vengo a pedirte que me perdones, ahora comprendo lo mal que pensé de todos los hombres... de tu hijo... y por consiguiente de ti. Pero ahora los perdono... ¡Quiero que descansen en paz!... (*El instrumento se mueve y las dos mujeres siguen extasiadas sus ondulaciones.*) Fui tentada tres veces y salí triunfante. (*Extasiada habla para sí.*) Superé la sexualidad del animal, amé sin dejar de ser mujer y perdoné como hacen los ángeles. (*Entusiasmada mira a la vieja.*) ¡Ahora puedo ser mariachero o lo que quiera! Para eso las mujeres somos libres, ¿o no?... (*Mira a la trompeta.*) ¡Adiós!

(La trompeta se levanta, se aproxima a Natividad en signo de despedida y luego sube al infinito. Natividad llora plácidamente.)

¡Ahora tengo el alma en sosiego!... Doy gracias al cielo porque llegué a conocerlo... así podré amarlo siempre. (*Natividad mira al espacio superior como si fuera el infinito.*) ¡Abuelo, que Dios te recoja en su seno!

Xirga.— ¡Tú tienes algo de xirga!

Natividad.— Toda mujer tiene algo de xirga.

Xirga.— Así como todo hombre tiene algo de mariachero.

Natividad.— ¡Por desgracia!

Xirga.— ¡El cielo te ha bendecido! Ahora toma las cenizas de tu madre y espárcelas en su pueblo. Ve a su parroquia y pide que le digan un triduo de misas. Y luego búscate un hombre, dómalo, dale un hijo y una hija, y sean felices como familia. ¡Tengo la certeza que lo lograrás! ¡Palabra de Xirga!

Llorosas las mujeres se abrazan dándose amor. La escena queda congelada. Una luz cenital singulariza la silueta de Rodrigo, el padre de Natividad, se perfila a espaldas de las mujeres. Ellas no pueden verlo ni oírlo. Es el mismo actor del abuelo, pero ahora rejuvenecido y lozano. El Público debe constatar que, a pesar del parecido, es otra persona. Sorprende su presencia y su galanura. Viste ropa de calle. Su voz es dolorosa y su andar varonilmente lento.

Rodrigo.— (*Mira a Natividad.*) ¡Yo también vengo a decirte adiós! Me voy para siempre porque he sido perdonado, perdonado por muchos y sobre todo por ti. Antes hervíamos de tanto odio que Dios no me daba su perdón.

Como padre tuyo que fui, comprendo que eché a perder mi vida, todo lo bueno que tuve... lo agravié. Tu madre pudo haber sido mi mujer ideal, pero yo no estaba listo para tanta felicidad. ¡Maldito destino que me obligó a ser macho! Tampoco supe cómo ser padre y convivir contigo, y sólo llegué a conocerte porque me guardabas rencor. ¡Que triste tener todo para ser feliz y no poder serlo!

Deseo que la vida te colme de felicidades. Cuando tengas hijos, cuéntales que su abuelo y el padre de su abuelo fueron mariacheros, y diles que dos en la familia son más que suficientes... ¡Hasta pronto! ¡Te estaré esperando cuando me alcances allá arriba y formemos un mariachi celestial!

En ese instante la hija presiente la presencia de su padre y vuelve la cabeza hacia donde está el personaje, pero únicamente percibe el vacío.

Natividad.— ¡Donde quiera que estés, padre, te perdono y te envío mi amor!

El padre mira por última vez a su hija y sonrío dichoso. Luego dice adiós al Público, poniendo el dedo índice en el ala derecha de un invisible sombrero en señal de despedida. Su imagen va desapareciendo lentamente devorada por las sombras.

Xirga.— ¿Lo puedes ver?

Natividad.— No, pero sé que estaba allí.

Xirga.— Ves, te lo dije, eres xirga.

La hija camina hacia donde el espíritu de su padre desapareció.

Natividad.— Ahora podré ser feliz. ¡Que viva la vida, la de aquí y la de allá, da lo mismo!... (*Mira a La Xirga.*) Seguiré tu consejo, traeré las cenizas de mi madre para que descansen en su tierra, entre tumbas de mujeres y de hombres que, si no compartieron la vida, al menos serán sus compañeros de viaje hasta que Dios decida despertar a los muertos. En ese día, todos seremos jóvenes y justos, y lo importante es que unidos nos presentaremos ante Dios. (*Dirige su mirada hacia donde estaba la trompeta móvil.*) ¡Adiós, abuelo! (*Mira hacia donde estaba el alma de su padre.*) ¡Adiós, padre!... ¡Buen viaje hasta que yo los alcance para juntos formar un mariachi y musicalizar el cielo por toda la eternidad!

Xirga.— (*Bromista.*) Yo no estoy muerta ni me voy.

Natividad.— (*Mira con cariño a la vieja.*) ¡Xirga, querida Xirga, hasta pronto! Cuando consiga un hombre que me quiera, te lo traeré a presentar para que lo bendigas como si fueras mi madre.

Xirga.— Lo de Rosa Murillo queda olvidado, ¿eh? (*Las dos mujeres ríen.*)

Natividad.— Cuando mi padre tenga un nieto, le pondré su nombre, ¡Rodrigo!

Xirga.— ¡Pero que no sea mariachero!

Natividad.— Que sea lo que él deseé. Teniendo padre y madre, todo lo demás es ganancia.

Xirga (*Mira hacia el Público y profetiza como pitonisa mexicana que es.*) ¡Alcanzaremos la felicidad cuando seamos la estirpe del perdón!

Natividad.— ¡Adiós, mi buena amiga Xirga!

Xirga.— ¡Adiós, mi niña, a partir de hoy vas a ser feliz!

Las dos amigas se besan. Natividad da unos pasos y regresa la cabeza para decir adiós una vez más a La Xirga, luego se despide del Público con un lánguido ademán. La escena queda congelada a la mitad de un movimiento. Oscuro paulatino. Por unos instantes se escucha la trompeta del viejo mariachero tocada a capella. Cuando la luz regresa, la escena está vacía y la obra ha terminado.

Obra iniciada el 10 de agosto de 2005, en Buenos Aires, Argentina, y terminada en San Juan de Puerto Rico, el 3 de diciembre de 2007.